

LOS FORASTEROS DEL TIEMPO



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
EN EL IMPERIO ROMANO

Roberto Santiago



DE LOS CREADORES DE
LOS
FUTPOLÍSIMOS

Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

Primera edición: marzo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2017
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

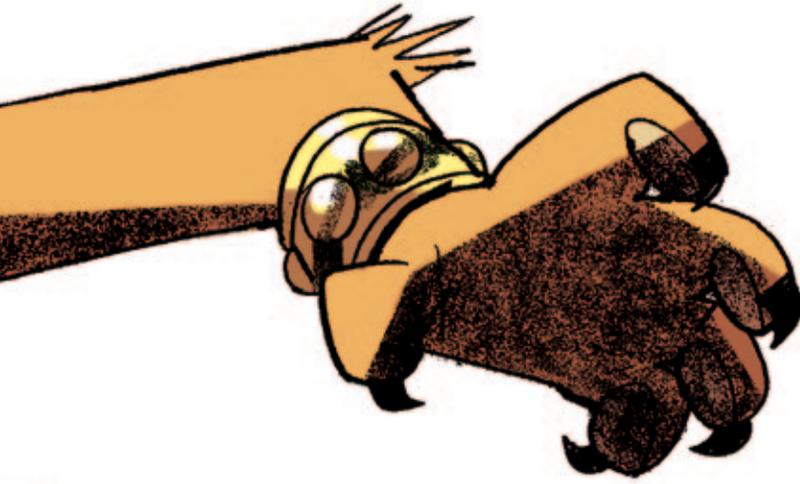
ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9178-1
Depósito legal: M-3553-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







1

Me llamo Sebastián Balbuena, tengo once años y en estos momentos un león gigantesco corre detrás de mí.

Me está persiguiendo.

No es un león cualquiera.

Es un león africano muy famoso que tiene nombre y todo: se llama «el Emperador».

Por lo visto, se lo pusieron después de devorar a más de cien gladiadores.

Está a punto de abalanzarse sobre mí y hacerme pedazos.

El león lleva unas empuñaduras de oro en las patas, y una melena muy larga.

Mientras me persigue, abre mucho la boca y gruñe, mostrando unos enormes colmillos.

Yo corro con toda mi alma, intentando que no me alcance.

Miles de personas gritan y se ríen a mi alrededor.

—¡Bravo!

—¡Corre, corre!

—¡Venga, extranjero!

Estoy dando vueltas en mitad de un circo romano muy grande que se llama Circo Augusto.

Para el que no lo sepa, un circo romano es como un estadio rectangular con gradas. Con un muro con columnas en el centro y con un enorme foso de arena. Allí dentro, los antiguos



romanos celebraban carreras de caballos, peleas de gladiadores y otros espectáculos.

Espectáculos como, por ejemplo, uno de sus favoritos: leones contra humanos.

Es un espectáculo muy sencillo.

Como su propio nombre indica, consiste en que un grupo de personas tiene que luchar contra auténticos leones.

Los sueltan a todos juntos en mitad del circo, y que cada uno se apañe como pueda.

Tienen que pelear hasta que uno de los dos bandos acaba con los del otro. Normalmente ganan los leones, y parece que a los espectadores les encanta.



A mí no me parece muy buena idea, la verdad.

Esta tarde soy una de esas personas que tienen que enfrentarse con los leones.

Me ajusto las gafas y sigo corriendo con todas mis fuerzas.

El Emperador me pisa los talones.

Puedo sentir su aliento muy cerca de mí.

El público corea su nombre, animándole:

–¡Emperador! ¡Emperador! ¡Emperador!

Si me alcanza, podría devorarme de un solo bocado. Tiene una mandíbula gigantesca.

Estoy agotado de tanto correr.

Ya no puedo más.

Ve algo delante de mí, es un objeto metálico: un escudo tirado sobre la arena.

El león gruñe, está a punto de alcanzarme.

Me tiro desesperado al suelo, hacia el enorme escudo.

Lo levanto con las dos manos y me doy la vuelta, tapándome con él.

En ese preciso instante, el león se abalanza sobre mí, con sus garras y sus colmillos afilados...

Yo me giro.

¡Y el Emperador se estrella contra el escudo que acabo de levantar!

Cae rebotado, dándose un tremendo golpetazo.

Yo tiemblo debajo del escudo, pero aguanto.

La gente, en las gradas, se pone en pie y aplauden enfervorizados.

Están entusiasmados.

Ha sido una buena maniobra, lo reconozco.

Pero mi alegría dura poco.

En unos segundos, el temible Emperador se pone en pie. Sacude su cabeza. Se recupera del golpe y se prepara para atacarme de nuevo.

Clava sus ojos fieros en mí. No parece tener muy buenas intenciones.

Quizá pueda defenderme otra vez con el escudo.

Pero no lo veo muy claro.

El león abre la boca y pega un tremendo gruñido que hace retumbar las paredes de piedra.

¡ARRRRRRGGGGGGGGGGG!

Creo que no he estado tan asustado en toda mi vida.

Trago saliva, tiro el escudo y hago lo único que se me ocurre en una situación así: echar a correr.

Los gritos y las risas de los espectadores van en aumento.

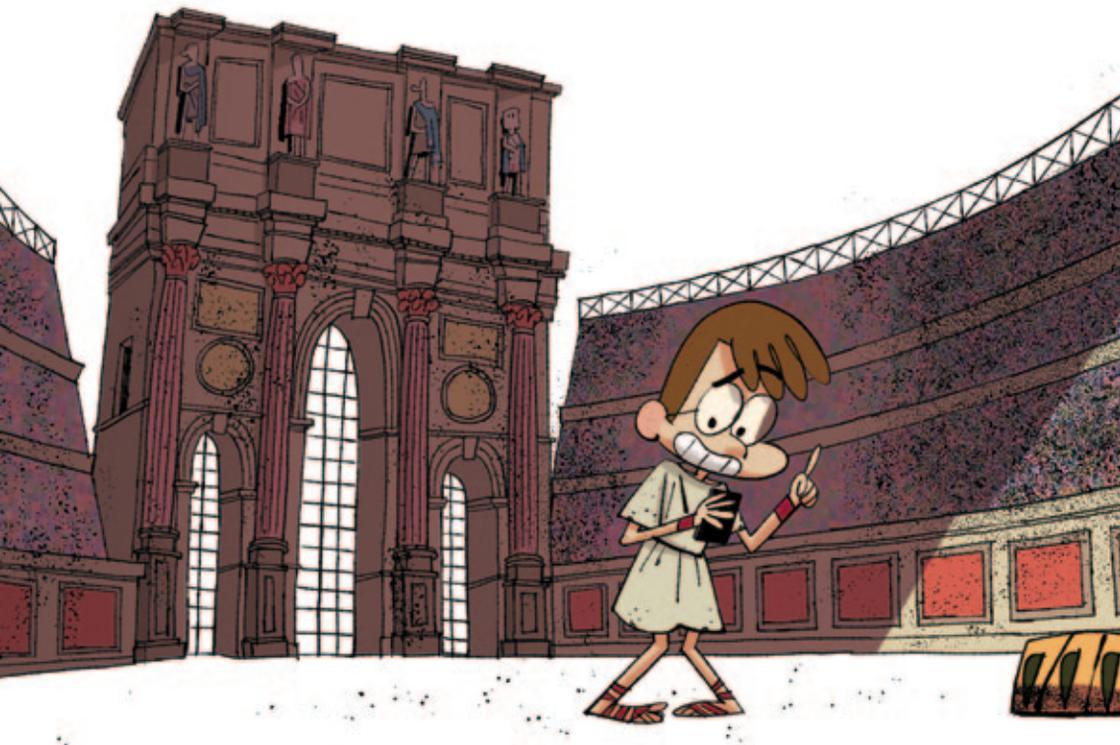
Saben que el final está cerca.

Pueden oler la sangre.

Trato de huir a duras penas.

El Emperador me alcanza en cuatro zancadas y pasa volando por encima de mí.

Se da la vuelta y me corta el paso.



Me detengo delante de él.

Nos miramos.

Se hace el silencio más absoluto en el circo.

Miles de personas nos contemplan esperando que el león me pegue un zarpazo, o un mordisco, o lo que sea.

Ahora sí que no tengo escapatoria.

En ese momento, en medio del silencio, un ruido llama la atención del Emperador.

Es un sonido que conozco muy bien.

¿Será posible?

¡Es mi teléfono móvil!

Alguien me está llamando.



El león se queda desconcertado. Nunca ha oído algo parecido. Al igual que los miles de espectadores. En el Imperio romano, por supuesto, no existían los teléfonos, y mucho menos los móviles. Yo introduzco muy lentamente la mano en mi túnica.

Y saco mi teléfono Sephrosa 9.0.

Increíble.

¡Está sonando!

Allí en medio.

Miro la pantalla y veo un número desconocido.

Tras dejarlo sonar varios tonos, por fin contesto.

—¿Hola?

—¿Sebas? ¿Se puede saber dónde te has metido?

–Pero ¿quién es? –pregunto.

–Que quién soy... ¿Es que no me reconoces? Soy tu profesor de matemáticas del colegio, y tu tutor también: el señor Anselmo... Llevas tres meses desaparecido y sin contestar las llamadas... ¿Te parece bonito?

–Buenas tardes, señor Anselmo –digo–. Es que me pilla un poco ocupado ahora mismo.

–¡No se te ocurra colgarme! –exclama él–. Habrase visto: no vienes al colegio y desapareces sin dar explicaciones. Esto no va a quedar así, jovencito.

Me doy cuenta de que los miles de personas que están en las gradas del Circo Augusto me miran, escuchando la conversación con los ojos muy abiertos.

Incluso el Emperador parece atónito ante el teléfono móvil.

–Perdón –trato de explicar–. Es mi profesor de matemáticas... Lo voy a poner en manos libres para que podáis oírle mejor...

Activo el sistema de manos libres.

–Diga algo, señor Anselmo...

–¿Pero qué quieres que diga? ¿A qué estás jugando, si se puede saber?

Al escuchar la voz que sale del teléfono, un murmullo de asombro recorre la grada.

El león da un paso hacia mí.

Otro paso más.

Yo me quedo muy quieto, sin mover ni un músculo.

Puedo escuchar al señor Anselmo al otro lado de la línea.

-Sebastián Balbuena, ¿sigues ahí? ¡No se te habrá ocurrido colgarme! ¿Pero qué ruidos son esos...?

Voy a contestar al señor Anselmo, pero el león pega un nuevo rugido. Creo que está a punto de devorarme.

Decido no hacer ni decir absolutamente nada.

El Emperador abre su enorme boca.

Se acerca mucho.

Y de un bocado...

¡Engulle el teléfono móvil!

Un «oooooooooooooooooooooh» recorre la grada.

Pero la cosa no acaba ahí.

El león abre de nuevo la boca.

Y de su interior sale una voz:

-¡No te lo voy a volver a repetir, Sebas! ¡Contesta ahora mismo!

